

tiendo crecer el cansancio á eso de las cuatro, y pareciéndole prudente reservar fuerzas para el último momento, acostóse para descansar, vestida como estaba. Velábanla Juana Kennedy y María Pagets, rezando y llorando, y aunque veían cerrados los ojos de la Reina, movíanse sus labios entreabiertos como si orase, y brillaba en su frente una especie de serenidad, que imponía al mismo tiempo pavor y respeto, como acontece á los humanos con las cosas del cielo.



XX

AL amanecer, despertóse la Reina por sí misma, diciendo que ya no le quedaban más que dos horas de vida. Escogió entonces entre sus pañuelos uno primorosamente bordado de oro, para que le vendasen los ojos en el cadalso, y mandó traer el más rico de sus vestidos, que solía ponerse los días de gala. Era de terciopelo granate muy oscuro, acuchillado de raso negro, con cuello muy alto y largas mangas perdidas: traía también un manto de corte, de larga cola y riquísimo brocado, del mismo color que el vestido, guarnecido de marta zibelina, y un amplio velo blanco, que la cubría de pies á cabeza. Llevaba á la cintura un rosario de oro, y al cuello una cruz también de oro, y dos escapularios.

Mandó entonces entrar á todos sus servidores, y delante de ellos hizo á Bourgoing leer su testamento, y lo firmó ella, y le hizo entrega de las cartas, papeles y presentes que debía llevar á Francia, á los Príncipes de su familia. Encerróse luego con Bourgoing y Juana Kennedy en la cámara en que estaba el Santísimo Sacramento, y después de largo rato de oración, comenzó á rezar en latín las oraciones de los agonizantes... Llamaron á la puerta: Juana Kennedy contestó que presto saldría la Reina, y entonces hubo allí una escena sublime y silenciosa, digna de la Iglesia de las Catacumbas y de los tiempos de Nerón y de Tiberio, tan semejantes á los que bajo el reinado de Isabel corrían... Abrió la Reina por su propia mano el sagrario, y sacó la caja de oro en que estaba la sagrada Forma: adoróla breve rato, tomóla luego en sus manos, y con grande humildad y reverencia se comulgó á sí misma... Volvieron á llamar, porque eran ya las ocho. Abrió entonces Juana Kennedy, y entró el Sheriff, Tomás Andrews, con su varita blanca en la mano, sin que la Reina volviese la cabeza. Pálido y turbado el funcionario, solo tuvo alientos para decir desde la puerta:

—Señora, los Lores están aguardando.

—Vamos, contestó la Reina levantándose.

En el momento de salir, dióla Bourgoing un

crucifijo de marfil que estaba sobre el altar, y ella lo tomó y lo besó, y se puso en marcha llevándolo en una mano y un breviario en la otra. Como la debilidad de sus piernas la impedía andar con soltura, apoyábase en los brazos de Bourgoing y de Gervait, su cirujano, y así fué hasta la última puerta de su departamento. Mas al llegar allí, dejáronla aquellos dos fieles servidores, porque repugnaba á su delicadeza conducirla ellos mismos á la muerte, y apoyada entonces en dos criados de Paulet, y seguida de todos los suyos, llegó á lo alto de la escalera, donde la esperaban los Condes de Shrewsbury y de Kent, Amyas Paulet y toda la cohorte de herejes. Allí tuvieron los dos Condes la crueldad de detener á toda su servidumbre, y con harto trabajo lo lograron, pues hombres y mujeres se arrodillaban á los pies de su señora, y le besaban las manos, y asíanse á sus ropas y no querían abandonarla.

Bajó la Reina la escalera con harto trabajo, y encontró al pie de ella á su fiel mayordomo Melvil, al cual habían sacado de su encierro para que pudiese darle el adiós postrero. Arrojóse el anciano á sus pies llorando amargamente, al verla venir en aquella guisa, y la Reina le abrazó con gran serenidad, y le dijo tuteándole por primera vez en la vida:

—No llores, mi buen Melvil; regocíjate más bien porque María Estuardo ha llegado ya al término de sus desdichas... Harto sabes que este mundo no es sino vanidad, turbación y miseria... Di á todo el mundo que muero firme en mi religión; verdadera católica, verdadera escocesa, verdadera francesa... Perdone Dios á los que desean mi muerte, y Él, que ve los pensamientos secretos de los hombres, sabe que siempre he deseado la unión de Escocia y de Inglaterra.

Encargóle entonces que llevase su bendición á su hijo el Príncipe Jacobo, y allí mismo se la dió, haciendo la señal de la cruz con la mano... Pidió luego á los dos Condes que dejasen entrar á sus damas y servidores en la sala en que habían levantado el cadalso, y ambos se lo negaron, muy en especial el de Kent, que temía alborotasen con sus gritos y *dieran el escándalo de querer empapar los pañuelos en su sangre.*

Á esta brutal respuesta, replicó la Reina con noble mansedumbre.

—Os damos palabra, Milord, de que no harán nada de eso... Los pobres solo desean vernos morir, y podéis estar seguro de que vuestra Señora, que es una reina virgen, no rehusaría á otra reina que sus doncellas la asistiesen en el momento de su muerte.

Hablaron entre sí los dos Condes, y resolvieron al fin que asistiesen á la ejecución dos doncellas de la Reina y cuatro hombres de su servidumbre. Designó María á Juana Kennedy y á Isabel Curle; á Bourgoing, Gervait su cirujano, Goron su farmacéutico, y Didier Siffard su despensero, y seguida de todos ellos y de Andrés Melvil, que llevaba la cola de su manto, entró en la sala en que estaba levantado el cadalso.

Era éste de dos pies y medio de altura y doce cuadrados de extensión, y se apoyaba por un lado en la pared del muro. Hallábase tendido de arriba abajo de bayeta negra, y había en medio un tajo cubierto también de luto, y delante un cojín y un sillón de terciopelo negro. Subió la Reina los escalones del cadalso, con la misma tranquila majestad con que hubiera subido las gradas de su trono, y sentóse en el sillón sin mudar de color, ni cambiársele el sereno rostro. Tenía á su derecha á los Condes de Shrewsbury y de Kent, sentados, y á la izquierda al Sheriff, de pie, con su varita blanca en la mano: enfrente estaban, vestidos de terciopelo negro, los dos verdugos, de los cuales era uno el hombre extraño y taciturno, con cadena de oro al cuello, que trajo Beale á Fotheringay. Pegado á la pared del fondo había un

banco, donde estaban sentados los servidores de la Reina, y contenidas por una barrera, que guardaban Amyas Paulet y sus soldados, había en el salón unas doscientas personas, herejes en su mayor parte.

Entróse en esto un perrillo faldero, que amaba mucho la Reina, y la había enviado su tío el Cardenal de Guisa, y se subió al cadalso á la querencia de su señora, y comenzó á hacerla fiestas. Acaricióle la Reina con grave sosiego, é hizole acurrucarse á su lado y estarse quedo entre los pliegues de su manto.

Subió al tablado Roberto Beale para leer el decreto de muerte, y oyóle la Reina tan profundamente recogida, que parecía extraña á cuanto la rodeaba. Santiguóse muy despacio al terminar la lectura, y más hermosa que nunca, dice Jebb, con el rostro sonrosado y fresco, segura la mirada, fácil la palabra, firme la voz, sin cambio alguno en el semblante, con sobrehumana majestad en todo, comenzó á decir:

—«¡Milores!... Creo que entre tantos que aquí estáis presentes, y veis este espectáculo lastimoso de una Reina de Francia y de Escocia y heredera del trono de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasión de mí y llore este triste suceso, y dé verdadera razón á los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traído, siendo

Reina ungida y soberana señora, y no sujeta á las leyes de este reino, para darme la muerte, porque, siendo Reina, me fié de la fe y palabra de otra Reina, que es mi tía. De dos delitos me acusan, que son: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algún tiempo jamás traté de la muerte de la Reina... Mi libertad he procurado, y no veo que el procurarla sea crimen, pues soy libre y Reina y soberana señora. Pero, pues Dios Nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida, que son muchos y muy graves, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas de este mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa es la herejía, yo acepto la muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y ruego á todos los que aquí estáis y sois católicos, que roguéis á Dios por mí, y que me seais testigos de esta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana».

Dichas estas palabras, que fueron escuchadas en el más profundo silencio, abrió la Reina

su breviario, y como si no perteneciese ya á este mundo, comenzó á rezar en latín los salmos penitenciales. Mas ni aun en este último momento, en que batía ya sobre ella sus alas la muerte, cesó la lucha para la Reina mártir, y allí mismo, en un extremo del cadalso, se levantó el fantasma de la herejía, que había tronchado su juventud y turbado toda su vida, para turbar también su hora postrera. El Dr. Fletcher, Deán hereje de Petersboroug, acercóse para tentarla, con el pretexto de exhortarla á morir.

—Señora, la dijo; la Reina, mi Graciosa Soberana, me ha enviado...

Miróle María con torvo ceño, y le interrumpió secamente:

—Señor Deán, soy católica, apostólica, romana, y por esta mi religión quiero morir.

Tornó el pérfido Deán á tentarla, y tornó María á mirarle sin ira y sin odio; pero con imponente señorío, djóle imperiosamente:

—¡Callad, Deán, que me turbáis!...

Separó Shrewsbury al hereje, tirándole del brazo, y despechado entonces el Conde de Kent, tuvo la infame villanía de insultar sobre el cadalso á aquella Reina vencida y humillada que iba á morir.

—De poco os servirá, dijo brutalmente mos-

trando el crucifijo, tener ese Cristo en la mano, no llevándolo en el corazón.

Á lo cual contestó la Reina con celestial mansedumbre:

—Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el de su muerte, traiga consigo el signo de su redención.

Habíase puesto el Deán hereje á rezar en un extremo del cadalso, según el rito anglicano, y la Reina arrodillada en el almohadón, rezaba en latín los tres salmos, *Miserere mei, Deus, etc.*—*In te, Domine, speravi, etc.*—*Qui habitat in adjutorio, etc.*—Comenzó luego á rezar en inglés, y su piedad era tan viva, su actitud tan espontánea, su voz tan natural y conmovedora, que muy pocos de los presentes pudieron contener las lágrimas. Rogó por el Papa, por la Iglesia, por los monarcas y príncipes católicos, por el Rey su hijo, por la Reina de Inglaterra, por sus enemigos, y encomendándose también á sí misma, concluyó diciendo con la vista fija en el crucifijo, y voz segura y firme que salía de lo más profundo de su alma:

—¡Señor mío Jesucristol... Como tus brazos se extendieron en la Cruz, así se extiendan para recibirme á mí los de tu misericordia!...

Levantóse entonces, y apartando con una sonrisa al verdugo, que se adelantó para ayu-

darla á despojarse de la parte de sus vestidos que estorbaba, hizo seña á Juana Kennedy y á Isabel Curle de que se acercasen. Allegáronse las dos mujeres tan profundamente desoladas, que para evitar la explosión de su dolor, púsoles la Reina cariñosamente la mano sobre la boca, y les recordó que había prometido ella en su nombre que serían animosas.

—No lloréis, las decía; regocijaos conmigo, porque soy muy feliz al dejar este mundo por tan buena causa.

Quitóse lo primero la cruz de oro que llevaba al cuello, y diósele á Juana Kennedy (1). Quitáronla después el manto, el velo y el corpiño con la gola, y quedóse tan solo con la saya de terciopelo, un jubón de tafetán rojo, y la escofieta en la cabeza. Sentóse entonces en el sillón y bendijo desde allí á sus servidores, que llora-

(1) Esta cruz de oro, cuya exacta fotografía va al frente del presente libro II, pertenece en la actualidad á S. M. la Reina Rugente de España D.^a María Cristina, á quien la regaló, como preciada reliquia, el Consejo de Órdenes, cuando la boda de esta augusta señora con S. M. el Rey D. Alfonso XII.—Las vicisitudes por que ha pasado esta histórica joya, desde las manos de Juana Kennedy hasta las de su actual y augusta poseedora, halas referido el erudito académico de la Historia D. Francisco R. de Uhagón en un curioso folleto titulado *El Santo Cristo de María Estuardo*, que tuvo la bondad de dedicarnos.

ban desolados. Arrodióse el verdugo ante ella para pedirla perdón, y respondió la Reina que perdonaba á todo el mundo. Abrazó entonces á Juana Kennedy y á Isabel Curle, y las bendijo haciéndoles la señal de la cruz sobre la frente. Vendóla después Juana los ojos con el pañuelo escogido por la misma Reina, y ambas mujeres se apartaron sollozando.

Quedóse la Reina un momento recogida, con el crucifijo en ambas manos, y luego se arrodilló sin soltarlo, y tendió el cuello al verdugo, diciendo con el acento de la más firme confianza:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!*...

Creyó ella que habían de darla muerte como en Francia, hiriéndola con el cuello en alto; mas el verdugo la advirtió su error, y la hizo apoyar la cabeza sobre el tajo... De nuevo repitió la Reina:—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!*—y el verdugo levantó el hacha y descargó en falso un golpe tremendo... Escapóse un gemido de horror á todos los circunstantes: mas la Reina no hizo el menor movimiento ni profirió ninguna queja. Descargó el verdugo un segundo golpe, y la cabeza rodó por el suelo, desprendiéndose de ella la escofieta, y dejando ver la cabellera de la Reina, cana por completo, á pesar de no contar sino

cuarenta y cuatro años. El verdugo mostró la cabeza desde un extremo del cadalso, diciendo:—¡Dios salve á la Reina!—y el Deán Fletcher gritó desde el otro lado:—¡Así perezcan todos sus enemigos!—Solo el infame Conde de Ken se atrevió á contestar:—¡Amén!

Echaron un paño negro por encima del cuerpo, y horas más tarde, cuando volvió el verdugo para recoger los sangrientos despojos, oyó algo que gemía y se agitaba junto al mismo cuerpo, y debajo del fúnebre paño... Tiró de él con verdadero espanto, y encontró al falderillo de la Reina, que olvidado de todos y escondido entre las ropas de su señora, habíase deslizado entre el tronco y la cabeza, y lamía la sangre y aullaba tristemente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO



EPÍLOGO

CONTRISTA el ánimo y le aflige, recorrer la larga serie de desventuras de la Reina de Escocia, y aun llega á indignarse, al encontrar al fin de la jornada, abatida su noble figura y su santa causa, y orgullosa y triunfante la repulsiva de Isabel y su herética Iglesia Mas

... no es buen juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso,

y si los días del impío son largos, su muerte es cierta y viene en un punto. Por eso es justo examinar esta última página del proceso de Isabel, y comparar vida con vida, muerte con muerte, y, á lo que puede colegirse, destino eterno con destino eterno.